

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Los otros como biógrafos: el individuo y la mirada del entorno social.

Ricardo Ángel Minetti.

Cita:

Ricardo Ángel Minetti (2005). *Los otros como biógrafos: el individuo y la mirada del entorno social*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/577>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

X° JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Rosario, 20 al 23 de Septiembre de 2005

Título: *LOS OTROS COMO BIÓGRAFOS: EL INDIVIDUO Y LA MIRADA DEL ENTORNO SOCIAL*

Mesa temática: 60: “Problemas de la diversidad y la desigualdad sociocultural en el mundo de ayer y de hoy”.

Pertenencia institucional: Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Humanidades y Ciencias, Programa Curso de Acción y Desarrollo (CAI+D) “La cultura en debate. Uso y significado de la noción en algunas perspectivas de la ciencia social contemporánea”.

Autor: Lic. Ricardo Ángel Minetti, jefe de trabajos prácticos.

Dirección: San Martín 1238 3023 Sarmiento (SF)

Teléfono: 03497 15481495

0342 4811008

Correo electrónico: rminetti@interclass.com.ar

Introducción

El saber social construido sobre el individuo presenta distintas modalidades, según se considere el sector del mundo humano donde este “saber” es producido. En este trabajo se pretende abordar la elaboración de la biografía desde el punto de vista del medio social en que el individuo desarrolla su vida como partícipe permanente. El medio social investigado es una comunidad pequeña¹, en la que la elaboración de un registro de acontecimientos y actos de los demás se ve facilitado por reducido número de habitantes, lo cual hace casi imposible una situación de anonimato en las situaciones corrientes de relacionamiento social, excepto para aquellos que entran en contacto temporal con la comunidad.

¹ La localidad de Sarmiento, en el departamento Las Colonias, provincia de Santa Fe, de unos mil setecientos habitantes.

La técnica aplicada es la de investigación participante, tomando como material empírico expresiones tomadas directamente de diálogos con las personas del medio, en situaciones provocadas sin la menor intención por parte del investigador, cuya propia historia de vida se desarrolla en ese mismo medio.

Esta circunstancia crea ventajas y dificultades a la hora de diseñar una investigación de este tipo: en particular, el hecho de ser partícipe del sistema de vida de la localidad bajo análisis favorece las condiciones de observación en el sentido de que las unidades de análisis son susceptibles de ser obtenidas sin recurrir a técnicas estandarizadas de obtención de datos, apelando a la memoria o registrándolas, casi simultáneamente, poco después de haber notado situaciones pertinentes o de haber escuchado las expresiones alusivas a la problemática de la elaboración social de la biografía individual. Esa misma proximidad y participación son a su vez un elemento con respecto al cual debe efectuarse una ruptura al momento de la interpretación de los datos, sin caer en el encantamiento literario que suele teñir las tentativas de describir formas de vida de las que no somos partícipes. El investigador cumple aquí un doble papel de observador y de observado, y carga sobre sí con la construcción social de su propia historia de vida. El tiempo de la observación no tiene un recorte preciso, ya que apela también a la memoria y su proceso vital.

Los materiales utilizados como base empírica son fundamentalmente

- las expresiones tomadas directamente del medio, con ligeras modificaciones que omiten ciertos elementos propios de la comunicación oral y que no serían pertinentes, pero que no alteran en absoluto el sentido que los hablantes manifiestan a través de su discurso. Dado que son transcripciones literales, se ponen entre comillas
- comentarios actuales o memorizados sobre personas en distintas instancias de socialización (visitas, conversaciones ocasionales, reuniones, etc.)
- las valoraciones que se expresan en relación a las personas en función de determinadas actuaciones (encabezadas oralmente con expresiones como “y qué querés esperar”, “¿quién otro querés que sea...?”, etc.)

- las comparaciones y vinculaciones que se establecen entre historias de vida y atributos conceptualizantes expresados por distintas personas, y lo que algunos han manifestado sobre sí mismas, en particular en lo que hace a la construcción de los tipos biográficos.

El individuo y el medio social

Establecer y atribuir calificaciones conceptuales, atributos morales e intelectuales, es una actividad que a través del tiempo se imprime sobre sobre el sujeto cuya vida “presenciada” por los otros es la materia activa misma de esa construcción.

Así, la historia de vida de la que el mismo medio social es autor se presenta, en primer término, como un conjunto no demasiado numeroso de conceptos que intersectan determinados acontecimientos de la vida de un individuo. Una propiedad interesante de este esquema es que, a la manera de una red, cubre toda la trayectoria vital del sujeto sobre el que se ha elaborado: “siempre fue así”, “siempre tuvo inclinación por esas cosas”, “desde chico le gustaba tal otra”, con los correspondientes espacios vacíos desde el punto de vista biográfico, en el sentido de que son momentos de la vida que no suponen ninguna innovación a lo que es considerado habitual. A propósito, la aparición de innovaciones da siempre lugar a la sorpresa, porque es una suerte de impugnación a la lógica de ese “esquema”. Dichas innovaciones pueden ser de distintos tipos, desde transformaciones generales de la personalidad (“empezó a trabajar de viejo, nunca antes lo había hecho”) o parciales (“qué raro verla salir de viaje así vestida”).

El medio observado responde a las siguientes características sociológicas:

- a) el tamaño de la población y del radio urbano hace posible los contactos cara a cara de manera frecuente;
- b) si se pierde el contacto con alguien puede tenerse información sobre él a través de los allegados o por otra vía de información;

- c) los acontecimientos que marcan aspectos importantes de la historia personal son o pueden ser conocidos por gran parte de la población;
- d) junto con lo anterior, también es asequible un retrato psíquico de la personalidad: sus gustos, tendencias anímicas, formas de hablar y comportarse en público.

El hecho de tratarse de una localidad en que suele estarse en contacto con gran o buena parte de la población total, el “control” observante sobre los demás, además de constituir un verdadero registro informal sujeto al dominio de la mirada, se transforma o es parte misma de la construcción de las relaciones sociales en las que se es simultáneamente observador y observado, historiador y sujeto historiado.

La mirada representa una de las formas más corrientes de actualizar la información sobre el sujeto historiado, para quien asume más la forma de una presencia omnipresente y colectiva que la de una relación recíproca entre dos personas (como la que se da, por ejemplo, en el saludo):

“No tengo más ganas de salir a la calle. A dónde voy me preguntan si estoy trabajando”,

me decía una joven maestra de nivel preprimario, que permaneció sin ocupación durante un año. No es la mirada ocasional e indiferente de una gran ciudad, porque en este caso hay un saber sobre uno que trata de probar su propia continuidad, tomando como referencia nuestra exterioridad gestual, de aspecto, hablante, de nuestro presente, como una objetivación de estados internos, y predisposiciones anímicas conocidas:

“Siento que tengo que rendir examen [frente a los demás] todos los días”,

me confesaba un profesional, complicado por problemas económicos y familiares, en respuesta a la observación constante del entorno que sentía sobre él, que involucra, por supuesto, más que la mirada, y se completa con la intervención del

comentario y las preguntas. “Por qué no probás suerte en otro lado”, le sugirieron más de una vez, según su propio testimonio.

De manera inconciente, para ese control² social el individuo representa su propio papel todos los días³. Una de las funciones de la historización biográfica del otro es justamente hacer predecible para los observadores la generalidad de sus actos, y cotidianamente, aquellos que tienen lugar bajo diferentes aspectos de la comunicación.

Esta imagen de uno mismo impone limitaciones a la conducta personal (porque generalmente se sabe o se intuye la imagen que uno proyecta sobre los demás), pero también puede ser manipulada en función del beneficio propio: ambas circunstancias dependen del medio social específico en que se inserta el sujeto y de lo que se propone lograr.

La biografía social construida por los otros, copartícipes del mismo medio social, es un conjunto de información sistematizada en forma coherente sobre alguien. La pregunta acerca de su uso (cuándo y por qué se recurre a ella) es importante, pero esta cuestión supone previamente el hecho de su formación. En principio, ese proceso se basa en una convergencia de tiempo y espacio: un ciclo vital desarrollado casi íntegramente en un mismo lugar. “Casi” íntegramente porque los períodos de ausencia, según su duración, no alcanzan para interrumpir la actividad biográfica y termina formando parte necesaria de ella: “vivieron un tiempo en tal lugar y no les fue bien”, “hizo el servicio militar en la Marina”. Esto determina que una misma persona sea conocida por varias generaciones

² El término *control* que aquí utilizamos no tiene una connotación coercitiva y normalizante, que muy probablemente posea, pero que debería ser demostrada. Es rasgo que sí aparece distintivamente del mismo (y que es que el que nos interesa) es la necesidad de abastecerse de conocimiento acerca de las actuaciones y hechos de la vida de los demás, rasgo éste que se revela constantemente a quienes por algún tiempo toman una distancia crítica hacia las relaciones sociales de las que es parte activa, como se aprecia en el ejemplo siguiente: “vas ahí [el hablante se refería a un local comercial] y te preguntan de todo; sentís que le sacan una radiografía a tu vida”.

³ La metáfora de la representación (en sentido teatral) fue desarrollada por Erving Goffman. Prologando su investigación, dice al respecto: “...los principios resultantes son de índole dramática. En las páginas que siguen consideraré de qué manera el individuo se presenta y presenta su actividad ante otros, en las situaciones de trabajo corriente; en qué forma guía y controla la impresión que los otros se forman de él, y qué tipo de cosas puede y no puede hacer mientras actúan entre ellos”. GOFFMAN, Erving (1994). *La representación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu editores, Buenos Aires, p.11.

sucesivas, que disponen de un conocimiento sobre él, cada vez más escaso, ya que los más jóvenes reciben una información fragmentada, ya que no lo “han visto” vivir. Por ejemplo en este caso: un hombre se dedica a la agricultura, fue un deportista destacado en su juventud, estudió en una ciudad vecina⁴, es muy aficionado al automovilismo. La generación de que es contemporáneo seguramente conoce esos cuatro niveles de información, la tercera y la cuarta podrían dar cuenta de la primera (todos los días lo ven vestido con ropas de trabajo como las que típicamente se usan para trabajar en el campo, se moviliza en una camioneta), y quizá de la cuarta, que son las que corresponden al presente. Claro que este no es el único caso: muchas personas no regresan a la localidad salvo en ocasiones especiales, y naturalmente el tiempo que hayan permanecido en la misma es proporcional a la cantidad de datos que se dispongan sobre la misma: este fondo biográfico opera como fondo de contraste con la situación exterior visible de la persona que se reencuentra con este entorno, generando una situación de comparación, un corte diacrónico en su biografía, en función de esos atributos externos: si ha llegado en auto, si presenta signos de cambio físico, su aspecto; nuevamente, son potencialmente los más jóvenes quienes se informan de un primer momento biográfico que ellos no presenciaron y ya reciben construido.

La identidad biográfica. El enfoque que adoptamos pretende evitar la dicotomización de la identidad en dos dimensiones, individual y social. Nuestro punto de vista supone que lo personal y lo social se dan como momentos de un continuo témporo-espacial; en la medida que el propio proceso de vida se ve registrado por los otros, el yo viviente lo toma a su vez como una proyección de su propia particularidad humana que es desde ese momento un punto de referencia para su acción y su relación consigo mismo, como condición de autopercebimiento. Una vez que la comunidad o los medios segmentados de socialización personal (amistades, grupos de diversa índole) han sistematizado un cierto cúmulo de

⁴ A causa de la inexistencia de institutos de enseñanza media, el acceso a ella era un caso bastante excepcional y nunca deja de destacarse cuando se habla con cierto detalle de una persona (actualmente, de unos sesenta años en adelante).

información sobre él, debe aceptarlo como una especie de valor atribuido a su persona y que circula entre quien entran en contacto con él, como un conjunto de definiciones previas, que imponen determinadas modalidades en los diferentes tipos de intercambio social que constantemente ocurren en una población pequeña. Como afirmara Mead, “el individuo se experimenta a sí mismo como tal, no directamente, sino indirectamente, desde puntos de vista particulares de otros individuos miembros del mismo grupo, o desde el punto de vista generalizado del grupo social al que se pertenece en su totalidad”⁵.

Este problema se inserta en una vieja preocupación de la sociología, que es en qué medida o cómo la conducta individual es determinada o se explica en función de las características del o de los grupos de los que el individuo forma parte. Aquí se trata de un cuestión de “identidad”, de valoración, de autorreconocimiento y de reconocimiento por parte de los demás⁶ (si se permite ese neologismo) como instancias convergentes de ese proceso, que supone el relacionamiento intersubjetivo entre el individuo y su medio social “total”.

Aun no hemos hecho ninguna desagregación o alcaración de este concepto, que hemos estado usando, y que es particularmente relevante porque configura empíricamente la instancia de la otredad. Esa omisión se justifica no porque desconozcamos la importancia del hecho, sino porque hemos tomado la población de la localidad en su totalidad como una unidad indiferenciada en esa relación binaria a la que hicimos mención (individuo-medio social), debido a la reducida escala de la misma y porque consideramos que los medios parciales que comprende (de amistad, de carácter educativo, profesional, deportivo, religioso)

⁵ MEAD, George H. (1934). *Mind, Self and Society*, citado en MERTON, Robert K. (1949) *Teoría y Estructura sociales*, FCE, México, 2002, p318s. Merton propone, en esta obra (capítulo XI, p366s), tres criterios para una definición general de *grupo*: 1) “se refiere a un número de personas que actúan entre sí de acuerdo con normas establecidas”, 2) “que las personas que actúan entre sí se *definan* como ‘miembros’, es decir, que tengan expectativas normadas de formas de interacción que son moralmente obligatorias para ellos y para los demás miembros, pero no para los que son vistos como extraños al grupo” y 3) “que las personas en interacción sean *definidas por otras* como ‘pertenecientes al grupo’”.

⁶ Es indiscutible que existen determinadas conductas esperadas a partir de ciertas individualidades, que responden a modelos socialmente legitimados acerca de cómo deben vivir las personas que se encuentran en posiciones sociales específicas. A quién, sino a su propio medio, responde alguien que manifiesta expresiones tan penosas como “siento que estoy en falta”, o “no me casé, no tuve hijos, no formé una familia”. El percibir las propias carencias culturales es un elemento que influye en el autopercebimiento (que es así tanto social como íntimo) del individuo.

presentan una dinámica semejante desde el punto de vista que nos interesa: la forma en que elaboran (y evalúan) la historia de vida del otro, ya sea un sujeto perteneciente al “grupo de referencia” o no⁷. Este grupo de referencia al que se pertenece habrá elaborado una biografía y dispondrá de una información psicológica más pormenorizadas (en comparación con los grupo de no pertenencia) acerca del historiado; sin embargo, esta operación queda subsumida por la operación historizante que realiza el medio mayor en que se subsume el grupo de referencia.

En realidad, la vinculación individuo-sociedad es más compleja que la forma en que aquí la presentamos, ya que se da en gran parte mediatizada por esos medios parciales que son los grupos⁸, aunque sostengamos que la señalada es la forma básica de contruir la propia identidad y de hacer historia del otro, y además, que el hecho de pensar esa vinculación como un continuo no altera, sino que fundamenta con una especificidad mayor, esa afirmación.

Individualidades y tipos biográficos

¿Puede hablarse de la existencia de categorías o tipologías biográficas? Cada sujeto social desarrolla una vida individual que le es propia: su irrepetibilidad como ser, como unidad de acción y pensamiento, transcurren en un tiempo y uno o más espacios o ámbitos sociales posibles (lugares de residencia, grupos de pertenencia). La pregunta, reformulada, sería la de si el tamaño reducido del medio social permite un registro lo suficientemente individualizado de tipos biográficos como para no subsumirlos en esas categorías a las que hacemos mención.

⁷ Robert Merton sugiere que los grupos con los que se tiene una relación de no pertenencia también son experimentados por el individuo como instancia del proceso de autovaloración, ampliando así el criterio de Mead, que se basa únicamente (según la cita transcrita de este autor) en la pertenencia.

⁸ Durkheim fue un precursor de esa operación empírica al descomponer el agregado social de la sociedad nacional (unidad mayor de las comparaciones estadísticas internacionales que efectúa el autor) en distintos “medios sociales”: el ejército, la familia, los grupos religiosos y profesionales, etc. Ver *El Suicidio* (1898), II libro, capítulo I, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1994.

Así, en conclusión, lo que estamos planteando es si existe una vinculación de las biografías individuales (la vida “vivida” de los partícipes de la comunidad) con otras que presenten caracteres acontecenciales o psíquicos semejantes, bajo la lógica de una categorización, basada en “el conocimiento que los demás tienen de nosotros”⁹.

Uno de los procedimientos análogos a la necesidad de hacer inteligible la particularidad biográfica en relación con un plano comparativo mayor, puede ser hallando en la tendencia generalizada a encontrar reciprocidad entre el tipo actitudinal del sujeto y su ascendencia: no sólo la madre y el padre biológicos, el *radio filial* es ocasionalmente ampliado a otros grados de parentesco y otras generaciones hasta que se detecta un ascendente que presente rasgos de ese tipo como predecesores del sujeto historiado (lo cual supone la aplicación inconciente de un criterio de determinación genética). Así las familias como tales, sobre todo las que tienen al menos alguna antigüedad en la localidad, y preferentemente si no se limitan a una sola familia nuclear, también son objeto de la “actividad conceptualizante”, en el sentido de que se destacan ciertos aspectos que permanecen de generación en generación, son encarnados más en unos miembros que en otros; atributos como la tenacidad en el trabajo, la inteligencia, la tacañería, la excentricidad, son marcas de ciertos apellidos y que permite no tomar las unidades biográficas como casos aislados y sin vinculación con otros presentes o anteriores.

Análogamente, lo que podríamos llamar “grupos de pertenencia ético-cultural”, son frecuentemente utilizados por las personas de la localidad (como también es fácilmente apreciable en otras) para evaluar determinadas conductas, aprobatoria o descalificatoriamente, en función de una influencia genética y cultural más amplia que la de la familia.

⁹ A propósito de la información que el sujeto da de sí mismo, Goffman dice: “La expresividad del individuo (y por lo tanto, su capacidad para producir impresiones) parece involucrar dos tipos radicalmente distintos de actividad significativa: la expresión que *da* y la expresión que *emana* de él. El primero incluye los símbolos verbales —o sustitutos de éstos— que confiesa usar y usa con el único propósito de transmitir la información que él y los otros atribuyen a esos símbolos. Esta es la comunicación en el sentido tradicional y limitado del término. El segundo comprende un amplio rango de acciones que los otros pueden tratar como sintomáticas del actor, considerando probable que hayan sido realizadas por razones ajenas a la información transmitida en esta forma. *Op. cit.*, p. 14.

El interés que presentan estos tipos biográficos tiene dos facetas: describe tanto al observante como al observado, y probablemente diga mucho más del primero (ya que detecta los parámetros valorativos del mismo) que del segundo. Veamos algunos ejemplos:

El heredero fracasado.

Este tipo biográfico es exclusivamente masculino. Un hombre ha dilapidado o ha hecho un mal uso, en sentido económico, de los bienes recibidos como herencia. Se espera que sea una persona tranquila, ociosa, con tiempo suficiente como dedicarse a búsquedas de salvación material socialmente estigmatizadas, como “prenderse en la política”. También le corresponde un tipo de actitud resentida hacia la sociedad o parte de ella y un ensañamiento hacia personas de otro partido, particularmente en época de elecciones. El modelo se reactualiza cada vez que el sujeto intenta una nueva actividad (no dura demasiado en ninguna), trasciende alguno de sus intentos por obtener favores como un cargo político, o por la participación que tienen en reuniones relativas a obras y servicios públicos, donde desempeñan un papel definidamente opositor y verborrágico. Esas ocasiones, al ser comentadas, son propicias para recurrir a ciertos aspectos biográficos que corroboran la consistencia de la construcción: “fundió todo lo que le dejaron”, “nunca le fue bien en nada”, “que podés esperar de esa gente resentida”.

Como vemos, en éste, y también en los otros tipos, puede darse la coexistencia de caracteres psíquicos contradictorios entre sí: la tranquilidad y la ociosidad, la manifestación de rencor y la verborragia. Según los casos individuales, ciertos rasgos pueden estar ausentes, y faltar otros o presentarse muy atenuados. Aquí se trata de hacer una descripción ideal “completa”.

El ama de casa “deficitaria”

“Cuando se casó, se quedaba hasta las doce en el dormitorio. La suegra y la cuñada le lavaban la ropa al marido. Era inútil. Después se fue haciendo más o menos”.

En esta breve transcripción (verdadero ejemplo de las expresiones que construyen la biografía desde el punto de vista de la otredad en el presente sincrónico) se cruzan los acontecimientos biográficos y la atribución conceptualizante: se casó/era inútil.

Actualmente, este es un modelo sujeto a revisión, porque el cambio en la vida de la mujer y la consideración social de la misma se ha extendido a todos los ámbitos. Pero en realidad lo que motiva al autor colectivo de este tipo no es que la mujer trabaje fuera de la casa (las empleadas domésticas lo hicieron desde siempre), sino que no cumpla con las labores tradicionalmente asignadas a la mujer en el seno del hogar, siendo éste el hecho en función del cual tiende a explicarse su excepción, si se trata en particular de una mujer sin una formación educativa conocida. Al nunca demasiado comentado desorden de su casa se corresponde una notable predisposición y “voluntad” para dedicar su tiempo (que malgasta “callejeando a cualquier hora”) a colaborar con las instituciones locales (“no creo que en su casa haya ordenado alguna vez algo con tanta prolijidad”, como asombrada me comentó una vez una de sus amigas, al evaluar su trabajo como ordenadora de ropa en una institución parroquial con fines solidarios) y a tomar cursos de formación artística. Nadie espera encontrarla en su domicilio porque “no se queda tranquila en su casa”. Al igual que en el tipo anterior, en las ocasiones en que se destaca públicamente por alguno de sus logros extradomésticos, se la recuerdo, con hechos como el que encabezan esta descripción (que fue recogido cuando otra mujer se enteró de que una que cuadra en esta descripción había publicado un libro), sin concederle las licencias con que suele excusarse a los artistas en los manejos prácticos de la vida.

El joven “distinto”

El destino del joven como “distinto” ha quedado marcado desde la infancia y él ha dado todos los pasos necesarios para consolidar ese sino social. El epíteto de “raro” se sustenta en las excentricidades que presenta (y que cierran su actuar social en un círculo vicioso): amigos imaginarios, el hablar solo, su evasión de la realidad, su soledad. No es apto o no se interesa por los deportes (y en particular,

el destierro social que significa su rechazo por el fútbol, práctica deportiva saturada de significaciones simbólicas). Quedan otros recursos de socialización, pero son los que menos aprecian los jóvenes con inclusión plena en el contexto del mundo adolescente: un centro de estudiantes, los grupos juveniles religiosos. La religiosidad¹⁰ es un atributo que acompaña casi invariablemente a este tipo biográfico, según muestra la observación de personas que se incluyen en él sin falsear en absoluto su historia de vida. La religión legitima su desinterés por las cosas que suelen interesar a los jóvenes elevando su posición a un rango espiritual exclusivo:

“Son católicos, van a rezar casi todos los días”,

escuché decir una vez a una persona que trataba de defender a dos personas que responderían a este tipo de un comentario escabroso acerca de la relación de amistad que mantenían.

Retomando una distinción efectuada en el apartado anterior, el rasgo más distintivo de este tipo es el de su “no pertenencia” a los grupos que representan una integración social más plena desde el punto de vista normativo y comparativo de los mismos.

Estos ejemplos de tipificación que proponemos no deben inducirnos a pensar que subsumen completamente los casos individuales (la historia de vida de cada persona). Tienen, junto con muchos otros, una función comparativa, descriptiva, intentan decir algo sobre alguien, posibilitan una lectura del otro. En parte por eso son endebles como forma de lenguaje social: a partir de un acto, de un rasgo psíquico, puede darse una multitud de alternativas biográficas. Por ejemplo, la timidez en un niño puede ser interpretada como síntoma de una

¹⁰ Hay numerosos ejemplos que demuestran que las muestras de religiosidad constituyen un parámetro de calidad humana, particularmente en las personas de cierta edad, que tienen un concepto más formal y apegado a las prácticas litúrgicas que el que poseen los jóvenes. La no religiosidad es interpretada en sentido contrario: “no va a misa... no da limosna... no compra nada a esos que venden en la puerta”, decía una anciana, comentando asombrada el comportamiento poco generoso de una vecina suya, también mayor.

personalidad inhibida; inferencia que con el tiempo es susceptible de desvanecerse como una anécdota. O la pasividad, en un adulto: a partir de ella no se obtiene sólo el primer tipo que se ha bosquejado, sino varios más (el “vago”, el “haragán”). Por sí mismos, esos atributos de la persona pueden insertarse en más de un tipo, y éstos a su vez presentan áreas de superposición entre sí.

Lo importante es que en conjunto revelan un verdadero sistema de significados, de valores atribuidos (como verdaderos “precios simbólicos” socialmente establecidos), que son aceptados porque condensan visiones lo suficientemente unívocas sobre las personas mismas, como para tratar de construir una suerte de imagen sobre ellas, aunque el que las utiliza no comparta el sustrato valorativo de las mismas. Su manejo supone un aprendizaje que se obtiene siendo parte activa de la localidad como parte misma de sus redes comunicativas. Además, como se trata de una comunidad que presenta los caracteres morfológicos ya mencionados, la conservación del detalle biográfico siempre es posible: a partir de esta idea, hay una relación proporcional entre la historiación del otro como particularidad mientras más proximidad haya entre él y el medio social de referencia.

El cierre biográfico

Aun no nos hemos referido al aspecto temporal de la biografía socialmente elaborada. Con respecto a la cuestión de los tipos, terminamos diciendo que tienen un valor orientativo, ya que es posible acceder a una información detallada de cada cual. Pero esto no significa que absolutamente todo acerca de los demás pueda ser recordado: no todos los actos que efectúa el individuo son relevantes en términos de su identidad biográfica.

No se trata del cierre de una biografía (lo cual ocurre sólo con el deceso físico de una persona¹¹) sino de la clausura o de un cierre de las posibilidades biográficas. “Ya no cambia más”, como suele sentenciarse. La vida personal es

¹¹ La muerte produce la clausura definitiva de una historia definitiva, pero también surte el efecto de una verdadera *síntesis biográfica*, en la que se destaban los aspectos más entrañables de la personalidad y la vida de la persona fallecida.

un proceso que no se detiene, pero para la mirada de los otros hay, en algún momento, una personalidad definida, móvil fundamental del ciclo biográfico.

Podemos aclarar un poco más acerca de esto preguntándonos acerca de la reacción que provoca una situación inversa a la del cierre: la de la innovación, que es un tipo de actuación marcadamente individual.

Las innovaciones nunca dejan de ser percibidas por el medio, ya sean de tipo ocasional o que evidencien un verdadero “cambio de personalidad”. En el primer caso lo que se percibe es un tipo de actitud notoriamente resaltante con respecto al comportamiento estándar del historiado:

“Nunca en su vida se vistió de rojo y se le ocurre ir de rojo al velorio del padre”,

y son registradas como anécdotas o (como en contexto del que fue extraída la anterior expresión) como una manifestación de tendencias anímicas latentes y reprimidas en la vida cotidiana por parte del sujeto, por ejemplo, cuando se comenta el comportamiento demasiado efusivo de una “persona seria” en una fiesta:

“Eso es lo que hacen los tipos que están siempre en la casa sin salir...”.

En ambos casos se intenta buscar una explicación de orden interno para explicar estas innovaciones ocasionales, recurriendo a la información disponible acerca del sujeto (la actitudinal en particular, en estos ejemplos).

Los cambios que evidencian una transformación general de los parámetros biográficos producen un efecto más difícil de analizar en el medio historiador. Tales transformaciones se dan en un período lógico de “transición” hacia un nuevo tipo de individualidad biográfica. Por lo general operan en el paso de la infancia a la adolescencia, si bien la infancia es considerada como un período en el cual la personalidad no se considera definitivamente formada.

La variable *tiempo* interviene de manera decisiva en el problema que abordamos ahora. Porque para que se produzca una clausura relativa en las

posibilidades de cambio en lo que llamamos *individualidad biográfica* (en la que se fusionan tanto la vida “vívica” como el tipo actitudinal propio del sujeto historiado), supone una mirada hacia atrás en el tiempo, claro que con proyecciones a futuro, que siguen las determinaciones que el sujeto mismo ha definido. Así, esta noción se halla emparentada con la de “actitud reflexiva” de la que habla A. Schutz, en el sentido de que este autor entiende que por medio de ella se capta el “acto efectuado” (entendido como actuación pasada) o las fases iniciales (como actuación presente) pero no la actuación en curso¹², con la salvedad de que la actitud reflexiva en nuestro caso tendría también un sustrato social, además del individual. La situación de cierre se corresponde con este criterio en la medida que apela y da un significado a las actuaciones pasadas del individuo.

Las innovaciones que involucran una transformación general en los parámetros de vida de una persona, producen un doble efecto: a) las señales de esa transformación chocan constantemente con el modelo estándar que los otros tienen de él (y él de sí mismo), a través de la información sistematizada en la historia de vida, que suministra las anticipaciones significativas necesarias para el trato cotidiano; b) generan una toma de conciencia sobre los propios procesos de vida, hasta entonces reproducidos sin cuestionárselos o simplemente aceptados como costumbre.

Las dificultades para llevar adelante un cambio de esta naturaleza son bastante importantes, más si se trata de individuos adultos. Enfrentar las reacciones de asombro o de sorpresa de los demás, las explicaciones que el historiado se siente compelido a dar, el choque constante con expresiones del tipo “vos antes no eras así”, son factores que tienden a disuadir las tentativas de cambio, y a perpetuar formas de vida que el individuo no encuentra plenamente satisfactorias, pero que no llega a cuestionarse a fondo. Una vez que el sujeto ha dado pistas suficientes acerca de sí, se establecen determinadas formas de comunicarse con él en función de las respuestas que pueda dar: una

¹² “Mientras vivía en mi actuar en curso, este era un elemento de mi presente vívido; ahora ese presente se ha convertido en pasado, y la experiencia vívida de mi actuar en movimiento ha sido reemplazada por mi recuerdo de haber actuado o la memoria de haber estado actuando”. SCHUTZ, Alfred (1962). *El problema de la realidad social*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1974, p.203.

transformación a fondo supone un trastocamiento de esos parámetros que no pasan desapercibidos.

Las calificaciones conceptuales sobre el otro poseen una perdurabilidad que en muchas ocasiones se superpone a transformaciones visibles que con el tiempo efectuaron las personas. Sea de carácter positivo (“lo trabajador”, “lo estudioso que era”) o negativo, están siempre disponibles para evaluar y asignar un valor desde el lugar de los otros, a los hechos de la vida y la conducta del sujeto, remitiéndolo a su propia historia de vida:

“Que no se haga tanto la madre ejemplar, que todos sabemos lo que fue...”

fue el duro comentario que escuché acerca de una mujer acongojada por la muerte de su hijo: muchas personas encontraron una discontinuidad entre “lo que fue” y la dolorosa muestra ante la pérdida, como si la información que de ella se tuvo en otra etapa de su vida bastase para no hacerla del todo auténtica.

Los más difíciles de efectuar son probablemente aquellos en los que el individuo se vea afectado por un estigma¹³ que afecte sus posibilidades de socializarse. Como el sujeto sabe que los demás conocen su propia historia de vida, trata de evitar los contactos sociales en los que se evidencia su estigmatización, reproduciéndola. Conozco un caso de retraimiento crónico de una persona que permanecía encerrado dentro de su casa durante meses, sin salir siquiera a la vereda, que en una conversación que mantuvimos me daba señales de lo “observada” que se había sentido siempre: esa capacidad enorme de observación que poseen las comunidades pequeñas es un obstáculo para intentar un nuevo tipo de vida.

Existen, en conclusión, dos alternativas con respecto a esta cuestión de la “clausura biográfica”. La primera, es que una persona desarrolle un solo tipo de

¹³ Según Goffman, “el rasgo central que caracteriza la situación vital del individuo estigmatizado (e)stá referid(a) a lo que a menudo (...) se denomina “aceptación”. Las personas que tienen trato con él no logran brindarle el respeto y la consideración los que los aspectos no contaminados de su identidad social habían hecho prever y que él había previsto recibir; se hace eco del rechazo cuando descubre que algunos de sus atributos lo justifica. GOFFMAN, Erving (2001). *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu editores, Buenos Aires.

individualidad en su ciclo vital. La segunda, que haya logrado introducir modificaciones lo suficientemente sustantivas en su conducta como para que el entorno social y él mismo consideren que hayan cambiado. Generalmente, se conserva la memoria sobre las posibles alternativas biográficas que ofrece una persona: el uso de su presente biográfico juega también un papel como material comparativo en relación a la persona misma o con otros que se muestran en circunstancias similares.

Conclusiones

Al hablar de la posibilidad empírica de la elaboración social de la biografía individual, trabajamos con un supuesto que es explicado por una analogía con respecto a determinados instrumentos de conocimiento: así como los grupos humanos necesitan de ellos para ordenar y explicarse el mundo del que forman parte, también los necesitan y construyen para conocerse entre sí y no enfrentar a los copartícipes de su propio medio como si fuera por una única vez.

Así, el hecho de que casi no sea posible el anonimato, sumado a la permanencia prolongada en la localidad (dos condiciones para la efectucción de una biografía “completa”) pone al grupo frente a sus propios miembros en una situación semejante a la que se da en su relación frente a cualquier otro elemento involucrado en la continuidad de vida del grupo. El clima, el tiempo, el espacio, y también los partícipes humanos mismos, que a diferencia de aquellos, es capaz de representarse los fines de su propia conducta, como sostiene la corriente interpretativa.

La situación empírica del conocimiento del otro en una localidad de este tipo hace posible la no disolución de la individualidad biográfica. “Todos me conocen y yo conozco a todos”, puede decir el sujeto historiado. El contacto cara a cara recurrente y las redes de información disponibles, hacen que no pueda sustraerse de la mirada ni del registro de sus actos y los hechos de su vida, que los demás se encargan de sistematizar, combinándolos con diferentes calificaciones conceptuales o valoraciones.

Finalmente, un comentario sobre la limitación en cuanto al tamaño del campo observado (lo que, como en cualquier investigación de carácter cualitativo, responde al interés por captar lo que propio y característico del mismo en tanto que agrupación humana), vinculada con la cuestión de la posibilidad de generalizar las variables analíticas (o los resultados mismos del análisis, si se trata de construir un concepto aplicable a una cantidad más numerosa de casos) a otros ámbitos que respondan a mismo o similar tipo de conformación social. ¿No se hace, por ejemplo, lo mismo en los otros pueblos y en los barrios de las ciudades? La primera aproximación para responder esta pregunta deberían orientarse hacia la constatación de la semejanza de las condiciones aquí señaladas: tamaño reducido del grupo en que funciones los intercambios sociales, recurrencia de esos intercambios, permanencia, etc.. Es probable que las modalidades de historización desde el entorno presenten un alto grado de homogeneidad con respecto al modelo de comunidad que definen esas condiciones, en cuanto al manejo de la información que da el individuo participante, y a la atribución de caracteres psicológicos y valores calificadorios; sin embargo, acerca de los valores atribuidos, no puede asegurarse que se repitan en cada una de esas unidades de comparación.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

DURKHEIM, Émile (1898): *El Suicidio*, CEAL, Buenos Aires, 1994.

GOFFMAN, Erving (1963): *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu editores, 2001.

_____ : *La representación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu editores, 1994.

MERTON, Robert K. (1949): *Teoría y Estructura sociales*, FCE, México, 1974.

SCHUTZ, Alfred (1940/59): *El Problema de la Realidad social*, Amorrortu, Buenos Aires, 1974.